

Y así aquella noche Beatriz Noguera no se me apareció pretérita ni inanimada, ni como representación siquiera, pese a que sus paseos y su espera y sus dudas tuvieran ante mis ojos ocultos algo de escenificación, era como asistir a un pequeño espectáculo de voluptuosidad al acecho (aquel camisón que dejaba ver tanto) o a un anhelante monólogo sin palabras. Hasta que las hubo. Beatriz, después de consumir dos cigarrillos, se resolvió por fin a tocar tímidamente en la puerta de su marido con un solo nudillo, el del dedo corazón. Fue un toque muy quedo, como el de una niña que acude demasiadas veces a la habitación de sus padres por miedo, y teme no ser bienvenida, por asustadiza y reiterativa y pesada, o incluso recibir una reprimenda.

—Eduardo. —Fue casi un hilo de voz. No hubo respuesta, y se me ocurrió que Beatriz había escogido mala noche para su tentativa; Muriel estaría cansado del mucho trabajo, quizá ya dormido, y si no con la cabeza absorta en aquel guión apremiante en el que no confiaba—. Eduardo —repitió en voz algo más alta, y se inclinó un poco, como para comprobar que había luz en la alcoba, por la rendija bajo la puerta. (Al inclinarse —fueron sólo cinco segundos, los conté para mejor aprehenderlos: uno, dos, tres, cuatro; y cinco— sus nalgas se me hicieron aún más evidentes, y ya eran apreciables cuando andaba por la casa vestida y erguida: redondeadas o con amplia curva, altas y firmes —o ‘prietas’, por utilizar una palabra de la que se ha abusado para la carne que tienta—, en contra de lo que Muriel opinaba

o manifestaba para disminuirla y vejarla, le había oído llamarla 'gorda' y algún otro término más ofensivo; y también, al inclinarse, se le subió un centímetro más la prenda ya corta, y se me ofreció mayor visión de la parte posterior de sus muslos robustos —quiero decir sin tela encima—, aunque no tanta como para que asomara asimismo el inicio de aquellas nalgas, para eso tendría que haberse inclinado más, agachado como para recoger algo del suelo.) Muriel la apagó en seguida, pero ya era demasiado tarde para fingir el sueño o la clausura de toda vigilia, esto se desprendió de lo que su mujer le dijo a continuación—: Eduardo, acabo de ver luz, sé que estás despierto. Eduardo, ábreme por favor un momento. Por favor, ábreme, será sólo un segundo, te lo prometo. —Y volvió a tocar con el nudillo, ahora con más atrevimiento. Siguió habiendo silencio al otro lado. Ella pegó entonces el oído, como si quisiera cerciorarse de que su marido no se había dormido, a veces necesitamos verificar lo que sabemos de sobra, o que nos lo confirme alguien, es propio de las personas que ya no se fían del todo de sus sentidos; quizá, pensé, porque llevan muchos años repitiendo lo mismo, noche tras noche, y no distinguen el anteayer del ayer o del hoy o del mañana. Lo pensé justo antes, lo juro, de que una inesperada respuesta (habría apostado por la impenetrabilidad sostenida, aunque como forma de disuasión sea muy lenta) me diera a entender que así era, que aquella visita posiblemente frustrada la intentaba Beatriz cada continio, como los romanos llamaban a la hora en que todo estaba quieto y callado, ya no la hay en nuestras ciudades nocturnas, quizá por eso ha perecido la palabra o languidece en los diccionarios.

—¿Realmente no te aburres de montarme el mismo número? ¿Cuántas más noches te quedan? Tengo que dormir, estoy muy cansado. Vamos contrarreloj Juan y yo, ya lo sabes. —Oí la voz paciente, más que

irritada, de Muriel a través de la puerta. Pese a que no habló en tono alto, seguramente ninguno de los dos deseaba que de aquel intercambio se enterara nadie más en la casa, en principio. También podía ser que todo el mundo estuviera al cabo de la calle, si la escena era acostumbrada, y ya no hiciera el menor caso. La mención de mi nombre me sobresaltó, aunque no tuviera nada de particular. Al fin y al cabo estaba espionando; que los espías se refieran al espía lo hace sentirse más expuesto, es algo irracional, reflejo, pasajero por suerte.

—No quiero que hablemos ni nada, Eduardo. No voy a darte la lata. No te entretendré, te lo prometo. Sólo quiero darte un abrazo, hace siglos que no te abrazo. Eso me tranquilizaría. Sólo aspiro a un poco de normalidad, antes de dormirme. Para poder dormirme. Por favor, ábreme. —Lo dijo con modosidad, con dulzura.

‘Es una trampa’, pensé. ‘Él no sabe que ella está ahí fuera sin batín ni nada. Nada encima del camisón, nada debajo. O sí lo sabe y le da lo mismo, ya no le hace efecto.’ Se me ocurrió que sería difícil prestarse a un abrazo con aquella figura voluptuosa y no demorarse, bajar y pasear las manos, quedarse en eso. ‘Pero claro, yo no soy Muriel’, volví a decirme. ‘Para él es una visión muy antigua, para mí en cambio es muy nueva. El tacto le resultará indiferente o aun tedioso o ingrato, yo he de prohibirme imaginármelo.’

No hubo contestación inmediata. Pensé si Muriel se lo estaba pensando, ceder a la petición, sólo fuera para poner rápido término al asedio. Al cabo de unos segundos dijo, y, en la medida en que podía captarlo, el tono me pareció de guasa:

—Ea, ya me he dado a mí mismo un abrazo. Considera recibido el tuyo y vete a acostar, anda.

No estaba enfadado o no todavía, era una de sus salidas humorísticas. Y esa última palabra, ‘anda’, había sonado comprensiva, hasta cariñosa, como si se la dijera

un sufrido padre a una hija en exceso aprensiva o nerviosa. Después de todo, él era mayor que ella, seis o siete u ocho años, no sé, una diferencia habitual entre los matrimonios de entonces, de ahora, pero todo cuenta a la postre en el trato entre los individuos, también quién es más veterano en el mundo, quién ha estado en él más tiempo (y ese se muestra paternalista indefectiblemente), sea cual sea la índole de la relación entre ellos.

—No digas tonterías, Eduardo. Déjame dárte-lo. Estoy muy inquieta, me cuesta dormirme. —Y a la vez que decía eso (la primera frase), Beatriz Noguera se rió brevemente; pese a la tomadura de pelo de que la hacía objeto, la respuesta de su marido le había hecho gracia. Quizá esa era su maldición, su gran problema, y uno de los motivos de que continuara queriéndolo tanto: le hacía gracia y seguramente se la había hecho siempre. Es muy difícil no seguir enamorado o cautivo de quien nos cae en gracia y además nos la hace, aunque ahora nos maltrate a menudo; lo más arduo es renunciar a reírse en compañía, cuando uno ha encontrado con quién y ha decidido convertirse en incondicional de esa persona. (Cuando uno guarda el recuerdo nítido de la risa común y se lo renuevan alguna vez, así suceda de muy tarde en tarde y los intervalos sean largos y amar-gos.) Es el vínculo que más ata, después del sexo mientras éste es urgente y antes que él cuando se va amansando.

—Te aseguro que me lo he dado con mucho mimo y ternura —respondió Muriel, aún con ganas de broma—. Ahora ya sería redundante uno tuyo. —Pero su voz cambió de pronto, como si se hubiera hartado de un momento a otro o hubiera hecho repentina memoria de un agravio o un rencor, y añadió con sequedad—: Lárgate y déjame en paz, ¿no te basta con Roy, Rico y los otros? No te falta entretenimiento, para venir a darme a mí el coñazo todas las noches. Hace años que

conoces el resultado. Hace años que te dejé claros los términos. Qué aburrida eres. Qué insoportable. No sé cómo te soportas a ti misma ahí fuera, insistiendo y rogando. Ya tienes una edad, ni que estuvieras siempre en celo.

Sin duda Beatriz Noguera carecía de dignidad y de orgullo, los habría abandonado hacía mucho, probablemente no contaba con ellos desde hacía esos años a los que Muriel se había referido. Ni los echaba en falta ni se planteaba recuperarlos, estaban ausentes de su vida, o de su vida conyugal al menos. Porque no soltó un exabrupto ni se movió, no se apartó, no dio un paso ni se fue a su cuarto, como habría hecho casi cualquier persona ante rechazo tan ofensivo y rotundo.

—Qué empeño tienes y qué cómodo te resulta tu convencimiento —contestó—, así te sientes sin responsabilidades ni dudas. Sabes que no hay Rico ni Roy ni ningún otro, sólo salgo con ellos por ahí y ya te viene bien que me distraigan, porque contigo no puedo contar para nada, o sólo cuando te conviene guardar las apariencias y no presentarte donde no debes con una de tus actrices. O bueno, lo que sean. —No dijo esto con acritud ni reproche, sino como si tratara de ser persuasiva, y además añadió en seguida, volviendo a su línea de antes—: Sólo me interesas tú y te quiero a ti, cómo tengo que decírtelo, por mucho que me ahuyentes. Y no vengo todas las noches, no exageres. ¿Por qué no habría de probar, de intentarlo? No me cuesta. Antes no era así. Yo no te cansé, y no es que languideciéramos precisamente. Lo interrumpiste todo de golpe, por algo ya tan antiguo y tan tonto. Por mucha resolución que se tome, la gente no deja de desearse y gustarse de un día para otro, eso no pasa. Qué más quisiera todo el mundo, nos ahorraríamos mil problemas y dramas. Si me vieras ahora... Anda, ábreme un momento y mírame. Dame un abrazo. Y luego vete si puedes.

El tono era aún precavido, lo fue incluso en estas últimas frases que encerraban cierto reto, aunque hubieran sido pronunciadas con modestia, más para darse Beatriz ánimos que para que Muriel las recogiera. Aun así me llamó la atención que hubiera hecho acopio de valor y de vanidad para decir las, habida cuenta de lo desagradable que llegaba a ser él en los comentarios sobre su físico, o eran insultos: ‘A ver si adelgazas de una vez, pareces la campana de El Álamo’, le soltaba sin razón alguna. O ‘Cada vez me recuerdas más a Shelley Winters; no de cara, algo es algo, pero en lo demás estás hecha un calco; con una peluca rubia y corta, y para tomas de un cuarto y de espaldas, te podrían contratar como su doble’. Recurría con frecuencia a semejanzas cinematográficas colocando las manos como si hiciera un encuadre, deformación profesional a buen seguro. Ella las encajaba con deportividad en ocasiones —en otras se la veía afectada, al borde de las lágrimas— y no se arredraba, conocía bien sus referencias: ‘Pues no estaría tan mal si se casó con dos actores tenidos por medio guapos, Vittorio Gassman y Tony Franciosa’, contestaba. Nada tenía que ver Beatriz Noguera con la excelente y desmañada y pobre Winters —ancha de joven, de madura gruesa, casi siempre en papeles dignos de conmiseración o patéticos— ni con ninguna campana. Para empezar, era muy alta, casi tanto como su marido, y con tacones lo sobrepasaba. También era grande de constitución y de huesos, lo cual frenaba la solidaridad de otras mujeres y la compasión de los hombres, resultaba arduo imaginar que alguien de aspecto tan saludable y potente precisara protección de ninguna clase, ni consuelo. En cuanto a su supuesta gordura y sus formas, éstas se correspondían, de hecho, mucho más con las de Senta Berger —salvando las distancias; y Beatriz había sido madre—, una actriz austriaca que había disfrutado su auge en la década que terminaba y en la precedente,

quizá más por sus ojos verdosos y su sobresaliente busto que por su talento interpretativo, aunque tampoco arruinara películas. Tal vez esas formas y esos pechos los considerarían excesivos los actuales jóvenes más parcos, pero entonces eran sólo exuberantes y dejaban inmóviles a los espectadores, incluidos yo y mis amigos, jóvenes o niños en sus mejores épocas. Para quien posee ese tipo de carne, sin embargo (al borde del estallido, digamos; no de la ropa que la cubre, claro está, sino de la propia carne que llena la piel sin un pliegue), se hace difícil estar segura de que no es excesivo y aceptarlo cabalmente y sin acomplejarse, si la persona más cercana y a la que aspira a gustar la está machacando con comparaciones denigratorias y a veces no carentes de ingenio—de éste es imposible defenderse, sin caer en el ridículo—, cuando no con injurias crudas. (Los elogios y requiebros procedentes de otros dejan de contar, no contrarrestan ni ayudan, y se eliminan nada más ser pronunciados.) Así que supuse que para decir lo que había dicho ('Si me vieras ahora. Mírame. Y luego vete si puedes'), Beatriz debía de haberse admirado largo rato ante el espejo con su camisón liviano, desde todos los ángulos; debía de haberse sugestionado y convencido de su apariencia deseable, quizá envalentonado con una o dos copas; tenía que haberse armado de presunción, hasta darse el visto bueno. Hacía falta fuerza de voluntad para eso, en su caso, o mucha pasión o necesidad, ambas cosas distorsionan las percepciones y el entendimiento, y suelen llevar a cometer errores en el cálculo de probabilidades. Yo habría jurado que las tenía todas a su favor, en teoría. Aún no estaba muy lejos de mi niñez, y al recrearme en su figura me acordé del viejo piropo infantil y levemente grosero, 'maciza' (hoy totalmente pasado de moda, además de mal considerado), y se me ocurrió que en realidad era bastante preciso y bien hallado.

Tardó Muriel en volver a hablar, un poco. Me pregunté si estaría sopesando la posibilidad de abrir la puerta. Como espectador prefería que apareciera y asistir a más representación, una vez que uno empieza a mirar y escuchar ansía que todo siga. Es una adicción instantánea si la curiosidad se despierta, un veneno más irresistible y fuerte que el de obrar y participar. Si uno hace esto último, ha de decidir e inventar, es trabajoso, y depende de uno poner fin a una conversación o a una escena, adquiere responsabilidades; si contempla, se lo dan todo resuelto, como en una novela o en una película, sólo aguarda a que le enseñen o cuenten los hechos que no han sucedido, a veces se interesa enormemente por ellos y no hay quien lo mueva de su sofá o su butaca, maldeciría al que lo intentara. Sólo que aquella noche sucedían, pese a la irrealidad del pasillo en sombras, también entraba algo de claridad de la calle, indirecta, pálida luz de farolas o de la vigía luna que se colaba en las habitaciones y se reflejaba aún más pálidamente en la tarima encerada, sobre ella los pies que parecían descalzos de una mujer alta y anhelosa y fornida, de cuarenta años o tal vez alguno más ya por entonces, que llamaba y esperaba humildemente a la puerta de su marido implorándole un poco de sexo o un poco de afecto, no sabía, o acaso eran ambas cosas o para ella eran indistinguibles, no sabía, pensé que en cualquier momento podría perder el arrojo y avergonzarse, sentirse fea y lastimosa y gorda, pensé que si él abría era posible que a Beatriz le pareciera de pronto que estaba demasiado descubierta y expuesta con sus rebosantes formas veladas tan sólo por la sucinta prenda que habría elegido tras probarse el resto de las suyas nocturnas, que se viera como una descarada mendiga y se tapara con los brazos en un arranque de pudor, al tener por fin su oportunidad, al saberse por fin vista como deseaba. Lo habría hecho sin duda de haberse percatado de mi presencia

y de mis ojos admirativos que no perdían detalle —a ser codiciosos no se atrevieron, yo creo, en la medida en que se controla eso—. Lo que llevaba visto y oído era suficiente para preferir que la escena no se cortara, o no todavía, al menos quería averiguar si Muriel se ablandaría o mantendría la puerta como un muro, como si no la hubiera y aquello fuera una pared continua, aunque delgada, porque su voz había llegado hasta mí con su contención y todo. Vi que Beatriz se inclinó un poco de nuevo para observar la rendija inferior —mayor prominencia de las nalgas y más muslos de nuevo, mi vista aguzada— y se le escapó un ‘Ah’ de expectación o de triunfo o alivio. Deduje que la luz de Muriel se había encendido y entonces creí sentir sus pasos, tal vez por mera anticipación, como en el cine. O tal vez se había levantado y se aproximaba a la puerta, para mirar a su mujer ahora como ella le había pedido, y luego irse o no irse, si podía.